

Dios bendiga á los nueve solitarios de las ruinas!

Tres monacillos ó *escolanes* habitan con ellos. Esto es lo que queda de la célebre *escolanía* que dió vida á tan grandes maestros , á tan sublimes y ensalzados profesores.

Ahi tienes cumplida mi promesa , amigo mio. Tal es el estado de Monserrate y nada mas pudiera decirte.

Pienso aun permanecer aquí uno ó dos dias. Se respira tan bien y se ensancha tanto el corazon!

Adios!

Permíteme concluir mi carta con una reflexion sola , pero que dice mucho para nosotros los que pensamos entre una sociedad que no piensa.

Ay , amigo mio! Las montañas van quedándose viudas. Los siglos anteriores les robaron sus amantes los castillos feudales ; nuestro siglo les arrebató sus esposos los santuarios.

Afortunadamente , Dios les deja su poesía , los huracanes y las tempestades.



## NUESTRA SEÑORA DE LA TRAPA.

(ARAGON.)

I.

EL VOTO.



A Trapa!!

He ahí un nombre que desde nuestra niñez hemos aprendido á murmurar con cierto temeroso respeto, mejor diremos con cierta especie de terror. Un no sé qué de triste, de lúgubre, de misterioso va unido á este nombre que suena á los oídos como un grito fatídico y agorero.

Y no es extraño.

Nadie ignora la misteriosa atracción que por espacio de mucho tiempo poseyó la Trapa, y de que manera, en Francia, fué haciendo incesantes conquistas en el seno de la riqueza , entre lo que habia en la corte de mas noble y de mas jóven. Cada dia se echaba menos á un



conde, á un duque, á un caballero que desaparecian repentinamente de la sociedad como tragados por un abismo, cuando aun resonaban en un salon sus carcajadas de la víspera, cuando aun no estaba frio el asiento que habian ocupado en la orjía, cuando aun en fin una incauta hermosura se repetia complacientemente en voz baja las palabras de amor que recientemente sus labios la habian dirigido.

Estas desapariciones súbitas dejaban un gran vacío, una especie de terror y de misterio, misterio y terror que se aumentaban cuando, á poco, rumores sordos se esparcian por todas partes diciendo:

— No sabeis? el conde de\*\*\*, el duque de\*\*\*, el caballero de\*\*\* está en la Trapa!

La Trapa!.... Era como decir un panteon, una tumba.

Hasta cierto punto se comprende cuales eran las tristes seducciones que la Trapa podia ofrecer á una sociedad brillante en cuyo seno iba á buscar sus mas ardiente prosélitos, y á la cual desmembraba de sus individuos mas visibles para sumerjirlos en el fondo de su claustro, sentarlos á la mesa de sus lúgubres ayunos y ponerles el azadon en la mano para cavarse su tumba.

Sí, se comprende, se concibe, se explica.

Y es que la Trapa era un asilo para el caminante extraviado en la senda de la vida, era una playa de salvacion para el náufrago que luchaba perdido en el mar tempestuoso de las pasiones. Prision voluntaria para las almas que solo ellas mismas tenian derecho de encarcelarse á sí propias, la Trapa respondia á las eternas escepciones de la humana naturaleza con un conjunto de prácticas ascéticas, de sombrías instituciones que satisfacian las mas refinadas exigencias de un corazon despedazado.

\* Los hombres gastados por la lucha, devorados por el dolor, torturados por el pensamiento que mata, recurrían á la Trapa, como posteriormente hombres parecidos han recurrido, impíos, á la punta del puñal ó á la boca de la pistola.

Allí encontraban para su herida el bálsamo, y el consuelo bajaba hasta el fondo de su alma sostenido en las alas de oro de la oracion.

No hay hombre, — si este hombre ha tenido una sola pasion y con ella la idealidad de esta pasion — que no haya soñado una vez en su vida con la Trapa.

Pero, pasemos á la historia de esta órden, historia demasiado interesante y demasiado dramática para que deje de ser leida con gusto.

Un dia la tempestad batió sus alas y se arrojó impetuosa á recorrer la vasta estension de los mares.

Un buque se halló por casualidad juguete de los vientos y las olas. La tempestad se precipitó sobre él como un monstruo sobre su presa.

La pobre nave lanzó un crujido de agonía y su palo mayor cayó sobre el puente hecho astillas por el rayo. Un grito terrible de misericordia rasgó los aires y dominó por un instante el rugido de la tempestad. La tripulacion se veia perdida.

En este buque iba Rotrou, conde de Perche.

Cuando los sollozos de los marineros le anunciaron que estaba perdida toda esperanza de salvacion, el conde Rotrou dejó deslizar dos lágrimas por sus mejillas y cayendo de hinojos sobre cubierta, alzó sus plegadas manos al cielo:

— Virgen soberana, — exclamó con un acento de compuncion indefinible, — santa Madre del Redentor, tengo una esposa que me aguarda presa de la mas horrible ansiedad, tengo un hijo que me tiende desde la playa sus manecitas suplicantes. Santa Virgen María, compadeceos de nosotros, no dejeis viuda á mi esposa, huérfano á mi hijo, y al pisar la playa de mi patria os ofrezco dedicaros una capilla en honra y en memoria de vuestra soberana eleme-  
mencia.

Toda la tripulacion que habia caido de rodillas junto al conde contestó: Así sea! y las plegarias de todos aquellos corazones subieron hasta el trono omnipotente de la Reina de los cielos.

Las nubes dejaron de apiñarse sombrías sobre la barca, las serpientes de fuego no cruzaban ya por el cielo, el trueno no rujia en el espacio, los vientos dejaron de azotar la espalda del indómito océano, y rasgándose las nubes, permitieron entrever, bordado sobre un fondo azul, el iris de esperanza resplandeciente de colores que tambien habia un dia anunciado á los habitantes del arca la misericordia de Dios.

La Virgen habia alargado su dedo y, á su contacto, la tempestad habia huido estremecida.

El conde Rotrou volvió á postrarse para dar gracias á la madre del Redentor y renovar su promesa.

En efecto, á su regreso á Francia, el conde de Perche no echó en olvido el voto solemne que habia hecho durante la tempestad. Mandó en seguida edificar una capilla en honra de la Virgen santísima, y para perpetuar la memoria de aquel hecho, pintó en la bóveda un buque naufragando, imá-  
jen del peligro que habia corrido y del que se habia salvado gracias á la intercesion de María.



Esto pasaba en 1140.

Algunos años despues, varios religiosos pidieron y obtuvieron el permiso de ir á morar en la nueva iglesia que fué entonces erigida en monasterio.

El conde Rotrou II habia comenzado los edificios contiguos á la capilla, y murió dejando á su hijo el religioso cuidado de terminarlos. Habiendo marchado á la primera cruzada, Rotrou III trajo á su vuelta de Palestina las santas reliquias con que Rotrou IV dotó la basilica de su abuelo.

La nueva abadía fué engrandeciéndose poco á poco, enriquecida por numerosas limosnas, hasta que fué unida á la orden del Cister por Serlon, su cuartito abad, y despues puesta bajo la filiacion de Claraval, como todos los monasterios de la orden, por cuidado y solicitud de San Bernardo.

Estaba situado el edificio en un valle de Normandía, valle desierto, pobre, inculto. Los bosques y colinas que rodeaban la abadía, parecian querer ocultarla á la vista de los hombres; rodeada de estanques y pantanos, era difícil sino imposible llegar á ella sin auxilio de un guia. Nada mas triste, mas lúgubrememente espantoso que aquel vasto desierto donde reinaba siempre un sepulcral silencio. La *trapa*, era como un nombre de maldicion para expresar la inhospitalidad del suelo.

Las paredes del monasterio estaban, y están aun en el día, cubiertas de inscripciones latinas. Encima de la puerta principal se leen estas bellas palabras del profeta Jeremias:

SEDEBIT SOLITARIUS ET TACEBIT!

Mas adentro, sobre la puerta del claustro se ve la sublime exclamacion de Job:

IN NIDULO MEO MORIAR!

La abadía de la Trapa fué largo tiempo célebre por la eminente virtud de sus abades y de sus religiosos. La santidad y milagros de Adam, su segundo abad, la hicieron famosa, y mas de doscientos años despues de su fundacion, era tan considerada de los príncipes y los papas, que existen hasta catorce ó quince bulas de los soberanos pontífices dirigidas á los religiosos de la Trapa para confirmar y aprobar los derechos y privilegios que les habian sido concedidos por sus predecesores.

Pero esta abadía tuvo en fin la suerte de varias otras casas de la misma orden, donde los religiosos, dejenerando de la virtud de sus padres, abandonaron las observancias regulares.

Las guerras habian sido en gran parte causa de la relajacion en que habian caido los monasterios de Francia; la mayor parte de los religiosos habian

abandonado sus conventos para no verse espuestos al furor de los soldados. Los religiosos de la Trapa, aunque reducidos á la miseria por la violencia de los ingleses que habian varias veces saqueado su abadía y que les habian reducido á carecer de todo, no quisieron dejar su soledad para ir por el mundo en busca de auxilios; en sus ayunos y en un trabajo continuado hallaron lo poco que necesitaban para subsistir. De este modo se sostuvieron por algun tiempo; desgraciadamente los ingleses, volviendo de cuando en cuando para robarles lo poco que iban recojiendo, les obligaron por fin á separarse no regresando ya hasta que hubo terminado la guerra; pero eran bien diferentes de lo que fueran por la corrupcion que habian adquirido en el mundo.

En esto llegó la época de establecerse en Francia las encomiendas, y el cardenal de Bellay fué nombrado abad comendatario de la Trapa. Los religiosos se opusieron y protestaron durante varios años á este nombramiento, y prosiguieron elijiendo sus abades con la aprobacion y confirmacion de la corte de Roma, pero viéronse por fin obligados á ceder ante la autoridad del rey y el crédito del cardenal.

Desde esta época el desarreglo, la relajacion, el vicio hicieron grandes progresos en la abadía: sus moradores llegaron á ser el escándalo del pais; la ruina de lo temporal siguió á la de lo espiritual; posesiones, cortijos, casas, todo llegó á resentirse; los edificios descuidados empezaron á caer en ruinas: apenas se hallaba sitio suficiente para albergar á seis ó siete religiosos que se habian dejado invadir su morada por servidores, por mujeres y por niños.

En una palabra, el desorden era completo. No vivian en comunidad, sino dispersos y solo se reunian para partidas de caza ó de diversion.

«De desarreglo en desarreglo, dice el cura Maupeau, la abadía acabó por ser una *guardia de ladrones*.»

Esto desgraciadamente no puede creerse inexacto, pues que algunos juiciosos escritores franceses contemporáneos, aseguran, en vista de curiosos manuscritos del siglo XVII, que por aquel tiempo eran conocidos los indicados religiosos con el nombre de *los bandidos de la Trapa*.

Pero á mediados del siglo que se acaba de citar, el desorden halló su término.

Un hombre se presentó, uno de esos hombres que pudieran llamarse predestinados, que dejan marcada una huella de hierro en el siglo y en la historia.

Puede muy bien decirse que la historia de la Trapa se reasume en este hombre de virtudes tan rígidas y severas en su edad madura, como de vicios tan desordenados en su juventud.



Es preciso que dibujemos en estas páginas la colosal figura del reformador de la Trapa, si queremos lealmente cumplir con nuestro cometido y hacernos bien cargo de la historia de la orden.

El hombre á que aludimos se llamaba Juan Armando Bouthillier de Rancé. Su vida es toda una novela.

## II.

### ARMANDO DE RANCÉ.

El 9 de enero de 1626 nacia Armando de Rancé de una familia ilustre. Las primeras miras de su padre fueron hacerle caballero de Malta, pero, aunque le destinaba á llevar las armas, no dejó de hacerle entrar en la carrera de los estudios. Dióle á un mismo tiempo tres preceptores; el uno le enseñaba la lengua latina, el otro la griega, y el tercero se ocupaba en formar sus costumbres, en velar sobre su conducta y en enseñarle los principios de la religion cristiana.

La muerte de su hermano primogénito hizo cambiar de ideas á su padre. Quiso que su hijo renunciara á la espada para abrazar el estado eclesiástico que habia tomado su hermano, y al sucederle en cualidad de primogénito, le sucedió tambien en los beneficios de que gozaba, á mas de otros que le procuró su padre. En poco tiempo se vió el jóven Rancé canónigo de Nuestra Señora de París, abad de la Trapa de la orden del Cister, de Nuestra Señora del Valle de la orden de San Agustín, de San Sinfiriano de Beauvais de la orden de San Benito, prior de Bolonia cerca de Chambor, prior tambien de la orden de San Benito y de San Clemente en Poitou.

De esta manera á la edad de once años, sin haber hecho ningun servicio á la Iglesia, ni estando tampoco en edad de hacérselos, disfrutaba de veinte mil libras de rentas eclesiásticas.

El jóven abad de Rancé se dedicó ardientemente al estudio, é hizo tan rá-

pidos progresos que, cosa admirable!, á los doce años publicaba una nueva edicion de las poesías de Anacreonte, acompañadas de un comentario griego que fué celebrado por los sabios. En seguida hizo una traduccion francesa del mismo poeta.

Se dedicó despues á la filosofía y, emprendedor y entusiasta en sus estudios, quiso tambien profundizar la astrología, enterarse de la ciencia de los astros.

Esto escandalizó á su padre que hizo cuanto pudo para disuadirle de su idea, pero, qué le importaba el escándalo al jóven abad comendatario de la Trapa!

En vano recurrió su padre á los consejos, á las órdenes y súplicas, en vano le manifestó que la funesta ciencia de la astrología era contraria á la moral, á la virtud y á la religion por atribuir todos los acontecimientos al fatalismo, en vano fué. Armando persistió en sus deseos, en sus errores.

— Yo quiero ser un poco brujo! decia con la resolucion y desparpajo de un niño mimado.

Murió su padre al cabo de algunos años, y el jóven Rancé se vió entonces impelido al mundo con treinta mil libras de renta y con cualidades morales que le daban grandes ventajas y le proporcionaban grandes triunfos en la sociedad.

Los placeres le buscaban y él no les huía. Empezó á figurar en la corte, se abrió paso, se hizo círculo..... tuvo partido.

No eran sin embargo los suyos esos desórdenes groseros á los que vemos inclinarse torpemente la juventud. Sus locuras tenian cierta espiritualidad, sus desarreglos cierta escentricidad que hacian volar su nombre en alas de la mas galante fama. La delicadeza mas esquisita reinaba en su mesa, el lujo mas espléndido pero de mas buen gusto en sus habitaciones, en sus carruajes, en sus vestidos. Tenía una pasion decidida por la caza y esto le hacia preferir su casa de Veret en Turena, la cual habia heredado á la muerte de su padre.

Era tambien uno de los huéspedes mas asiduos del palacio Rambouillet.

Nadie ignora lo que era el palacio de Rambouillet en la corte galante de Luis XIV, todos saben que allí, en aquel *salon azul* tan célebre en las obras de Voiture, Artemisa, que era el nombre con que se conocia entre sus huéspedes á la famosa marquesa de Rambouillet, recibia á los mas agudos ingenios y á las mas bellas damas de la corte. Allí se juntaban Voiture, Balzac, Cotin y Benserade con lo mas ilustre de la nobleza; allí, en medio de la